

DIARIO DE CAMPO

Hay experiencias que dejan huella más allá de lo profesional, marcando nuestra forma de ver la vida. Esta es la historia de Ángela, una joven paciente con un diagnóstico devastador, pero con una energía que transformó la unidad de Ensayos Clínicos en un espacio de aprendizaje y humanidad. Su optimismo recuerda lo esencial: valorar cada instante y a quienes nos rodean. A través de esta narrativa, se aprecia cómo el cuidado trasciende lo técnico y se convierte en un lazo de amor y gratitud, en el que enfermeras y pacientes caminan juntos.

La huella de Ángela

Fernando Román Arenas

Industria farmacéutica. Oviedo, España

Dirección para correspondencia: fromaa00@estudiantes.unileon.es

Casi sin saberlo, casi sin pensarlo, me vi en una unidad de Ensayos Clínicos recién egresado de mi carrera universitaria. Aquello parecía una alineación cósmica que me otorgó una de las experiencias vitales más enriquecedoras hasta el momento.

Corría el mes de agosto del año 2019 cuando, aún con miles de ideas en la cabeza, planes y viajes en mente, me di de bruces contra la auténtica realidad que supone el acompañamiento a pacientes diagnosticados de cáncer. Era, sin duda, una prueba que llegaba en el momento más adecuado para la formación de mi propia personalidad profesional y personal.

¿Cuántos planes dejamos para mañana porque hoy no tenemos tiempo? ¿Recordamos aquel beso que dimos a un familiar cercano sin saber que era el último? En definitiva, ¿a qué le damos importancia en nuestra vida? Estas preguntas no me las estaría haciendo hoy si no fuera por aquella experiencia profesional que marcó un antes y un después en mi yo enfermero. Y a la cual estoy muy agradecido.

Nuestra labor consistía, además de administrar el tratamiento contemplado por el ensayo clínico, en dar soporte emocional y aportar un entorno de seguridad, confianza y cariño a los pacientes. Prácticamente formábamos una pequeña familia que celebraba los éxitos pero, también, se acompañaba en los momentos difíciles.



De este modo, llegó Ángela a nuestras vidas. Una chica radiante, con la felicidad por carta de bienvenida y un optimismo que transmitía con solo mirarte y contarte qué tal había amanecido el día. Al lado de Ángela, las cosas verdaderamente importantes de la vida cobraban un protagonismo único, dejando los problemas de cada uno en un segundo plano. También, con ella, las risas estaban garantizadas; y eso era un aliciente más para cada uno de nosotros.

Ángela había sido diagnosticada de un cáncer agresivo y en un estadio avanzado. Sin embargo, a pesar de todo, cada vez que acudía a tratamiento lo hacía acompañada de su verdadera familia, la cual casi nos la cedía a regañadientes, sabiendo que ahora la felicidad y la risa estaban de nuestro lado durante las próximas horas. Y nosotros

encantados.

Su tratamiento duraba unas ocho horas, donde tomábamos las constantes vitales, administrábamos el tratamiento, extraíamos sangre, y hablábamos de los planes que teníamos cada uno. Ella tenía muchos planes por delante, más que todos nosotros. Sin embargo, cuando el día se acababa y ya todos volvíamos a casa, un pensamiento redundante nos acompañaba: “¡Cómo de afortunado soy por tener lo que tengo!”.

Desde nuestra formación académica, se nos enseña a separar la esfera profesional de la personal, a no llevarnos el trabajo a casa, a no pensar más sobre el trabajo. Todos sabemos que, aunque lo intentemos, a veces no es posible conseguirlo al cien

DIARIO DE CAMPO

por cien. Pero este era un caso distinto. Aquí todos queríamos tener muy presente en nuestro día a día a Ángela, porque nos hacía recordar lo afortunados que éramos por tener lo que teníamos y, casi más importante, recordar las cosas verdaderamente esenciales de la vida: un amanecer, el olor de una flor, una risa desternillante, el beso de un ser querido, un abrazo, el calor de un hogar, la familia.

De repente, un día, Ángela no acudió a su sesión semanal de tratamiento. Todos nos asustamos. Había tenido una complicación de su enfermedad que le había hecho ingresar para recibir asistencia. Sin duda, esto marcó nuestro día.

Pero, a media mañana, recibimos una llamada al control de la unidad. Era Ángela.

— ¿Qué pasa, chicos? ¿Cómo estáis? No os preocupéis por mí, que ya mismo vuelvo a estar dando guerra con vosotros — nos dijo.

— ¡Pero ¿cómo es posible?! Esta chica, ingresada en otro hospital y, lo primero que hace, es llamarnos para ver qué tal estamos nosotros — nos preguntábamos. Sabía que nos habíamos acordado de ella, por eso nos llamó. Qué cosa tan significativa el hecho de saber que alguien se acuerda de ti y tú se lo devuelves con una llamada para hacer saber que también lo estás haciendo de ellos.

Y Ángela volvió y recibió más sesiones de tratamiento que le permitieron seguir luchando contra una enfermedad tan agresiva y egoísta. Sin embargo, a raíz de diversas complicaciones, tuvo que ser discontinuada del tratamiento y proceder con una terapia paliativa.

Ya no la teníamos en nuestra unidad, pero el contacto era constante y, cada vez que podía, nos visitaba. Era como un aliento de energía y felicidad que nos hacía recobrar el ánimo a todos los que allí estábamos.

Tras unos meses de asistencia paliativa, Ángela perdió la vida a consecuencia de esta terrible enfermedad. Al recibir la noticia, se hizo un enorme silencio en la unidad. Era la muestra del sentimiento más profundo y del aprecio que le teníamos. Porque, en definitiva, la lección que todos aprendimos con Ángela es que lo importante no es la vida en sí misma, sino la forma en la que la vivimos.

Yo, desde aquel día, ya no soy el mismo. Mi camino se separó del de Ángela, pero sigue muy presente en cada paso que doy a diario. Ángela nos abrió los ojos a todos ante las cosas sencillas de la vida.

En mi caso, tenía 22 años cuando esto ocurrió. Tenía muchas ideas en mi cabeza y hacía planes a largo plazo, me molestaba si algo no me había salido bien y pagaba esta frustración conmigo mismo. Sin embargo, desde entonces, cada día sonrío ante un nuevo amanecer y procuro hacer saber a las personas que me rodean lo feliz y agradecido que me siento de estar a su lado.

Recuerdo con especial cariño y emoción la palabra que ella misma se tatuó en su brazo tras estar en nuestra unidad: “familia”. Lo hizo, como nos contó, para agradecer siempre la forma en que la tratamos.

Ella no era consciente de que, para nosotros, el mejor regalo ya nos lo había hecho en forma de experiencia vital. Y eso, a día de hoy, todavía perdura en nuestra forma de ser.

Porque lo importante, lo esencial y verdadero, son las pequeñas cosas que ella nos enseñó a diario: un amanecer, el olor de una flor, una sonrisa desternillante, el beso de un ser querido, un abrazo, el calor de un hogar, la familia. Gracias por todo, Ángela.